



Asociación de Psicología de Puerto Rico

PO Box 363435 San Juan, Puerto Rico 00936-3435

Tel. 787.751.7100 Fax 787.758.6467

www.asppr.net E-mail: info@asppr.net

Revista Puertorriqueña de Psicología
Volumen 9, 1993

De la Personalidad a la Inferioridad del Puertorriqueño : ¿La Substitución de un Mito por Otro?

*Alfonso Martínez-Taboas
Universidad de Puerto Rico*

Revisión del libro

Personalidad Puertorriqueña: ¿Mito o Realidad?

Por Alba Nydia Rivera Ramos. Editorial Edil, 1993,

139 páginas.

Durante más de una década, la autora de este libro ha estado escribiendo activamente sobre la auto-imagen del puertorriqueño y sus repercusiones sociales y clínicas. Este libro viene a resumir los hallazgos principales y la conceptualización de la autora sobre los mismos.

La tesis que permea a través del libro podría resumirse diciendo que el puertorriqueño ha internalizado la ideología del colonizado. Esto se refiere al postulado de que el colonizador le impone al colonizado, de manera directa e indirecta, toda un ideología dominada por un discurso impregnado de epítetos y características que conllevan al desprecio propio. De esta manera el puertorriqueño ha internalizado toda una serie de epítetos que van desde ser vago, incapaz, débil, inepto e inferior. El fortalecimiento y propagación de esta ideología le asegura al colonizador el dominio cómodo del colonizado. El costo para el colonizado, obviamente, es alto : la aceptación incondicional de una serie de rasgos que impedirán su crecimiento personal y comunitario.

Por lo tanto, la tesis de la autora básicamente se relaciona con los efectos de la colonización en la psiquis del puertorriqueño.

Rivera Ramos basa parte de su trabajo teórico en autores como Memmi y Fanon.

El capítulo 2 le presenta al lector un perfil "psico-histórico" de cómo tradicionalmente han sido caracterizados los nativos o criollos por diversos extranjeros. Para lograr esto, la autora utiliza anécdotas recogidas por algunos historiadores y cartas de personas que demuestran una abierta animosidad hacia los puertorriqueños. Las descripciones que la autora recoge describen al puertorriqueño como vago, perezoso y sin inteligencia. Este capítulo sienta las bases para los venideros. Mi reacción al leer el mismo fue tener la fuerte impresión de que la autora presentó muy acomodaticiamente aquellas citas que compaginan con su tesis medular. Por ejemplo, en la página 40 le da mucho peso a un tal "Dr. Cornelius Rhodes", quien hace unas décadas atrás le escribió a un amigo diciéndole que los puertorriqueños somos la raza más degenerada y sucia que habita este planeta. Pero, y me pregunto, ¿acaso no hay otros extranjeros que hayan descrito a los puertorriqueños en una luz más favorable? Me sospecho que sí, pero dichos testimonios, obviamente, no favorecerían la retórica que subyace el contenido del capítulo 2.

Consideramos que el capítulo 3 constituye la médula del libro ya que es aquí donde la autora intenta hacer un aporte personal a través de diversas investigaciones empíricas. Mediante enfoques cualitativos y cuantitativos la autora se propuso auscultar "el impacto de esta internalización en autoevaluación tanto individual como colectiva del puertorriqueño..." (p. 48). Para esto participaron 1,767 personas de ambos sexos, entre los se incluyeron estudiantes y trabajadores. Los resultados son expuestos en varias Tablas y podrían resumirse diciendo lo siguiente :

- a) Tanto los trabajadores como, en menor grado, los estudiantes, mostraron unas autovaloraciones neutrales o positivas. Así, por ejemplo, los trabajadores se describieron en términos de valentía y agresividad. Asimismo, ninguno de los dos grupos se autodescribió como oprimidos, sometidos o impotentes.
- b) Sin embargo, cuando se les pidió que evaluaran a los puertorriqueños a nivel colectivo, "los resultados fueron distintos... Todos los entrevistados reflejaron autovaloración negativa

en esta categoría, señalando estar muy de acuerdo en que los puertorriqueños son: **acorralados, oprimidos, sometidos, hospitalarios, vagos, inferiores, incapaces, dóciles, dependientes, impotentes y cobardes**" (p.55).

De estos resultados la autora concluye lo siguiente : "Invariablemente, en las investigaciones realizadas en distintos años, encontramos que la percepción y autovaloración personal es siempre más alta y positiva que la valoración colectiva" (p. 59). Rivera Ramos infiere que la razón de esta inconsistencia, entre lo personal y lo colectivo, es que "existe un grado de internalización del mito de la inferioridad e incapacidad del puertorriqueño" (p.59).

La autora, pues, no deja ambigüedad posible en su postura : **BÁSICAMENTE TODOS LOS PUERTORRIQUEÑOS SOMOS VÍCTIMAS DE LA INTERNALIZACIÓN QUE NOS HA IMPUESTO LA IDEOLOGÍA DEL COLONIAJE**. Sin embargo, es aquí, en este punto tan cardinal, en donde me asaltan las dudas. La razón por la cual el argumento (no los datos) me parece poco persuasivo es que la autora no parece considerar (¿o conocer?) lo que los psicólogos sociales a nivel internacional ya han hallado una y otra vez : los individuos tienden a considerarse mucho más favorablemente cuando se comparan con el colectivo. Este efecto ha sido llamado como **el prejuicio de la singularidad** (véase revisiones en Furnham & Dowsett, 1993; Goethals, Messick & Allison, 1991; Perloff, 1987; Singer, 1966). Así, por ejemplo, la gente cree que guía mejor que el colectivo (Weinstein, 1980); que vivirán una década más que el colectivo (Snyder, 1978); que no sufrirán enfermedades dolorosas y fatales (Kirscht, et al., 1966); que no serán víctimas del crimen (Perloff, 1987); que son más inteligentes que el colectivo (Wylie, 1979); que son mejores personas que el colectivo (Myers & Ridl, 1978); que son más morales que el colectivo (Goethals, 1986), etc. Como bien indican Furnham y Dowsett (1993) : "los resultados indican que este tipo de prejuicio es uno robusto y generalizado" (p. 176). De hecho, algunos psicólogos sociales han tildado el prejuicio de la singularidad como el "efecto de Mohammed Ali", debido a los alegatos que éste hacía de ser "El Más Grande".

Por lo tanto, los datos que la autora presenta en su libro no resultan ser tan anómalos como parecen. Más aún, el fenómeno del prejuicio de la singularidad parece explicar

parsimoniosamente gran parte de los hallazgos presentados en su libro. De ser esto cierto, y tengo la fuerte impresión de que lo es, la tesis de la autora se debilita considerablemente. O sea, sus hallazgos necesariamente no serían el producto de la ideología de la colonización, sino que se remitirían a una tendencia de los Occidentales a incrementar su auto-estima a través de la comparación favorable de sí mismos con el colectivo. Ciertamente, lo que más nos extraña de todo este asunto es que la autora no alerta al lector sobre esta posibilidad. Lo que me induce a pensar que Rivera Ramos no está familiarizada con esta conceptualización alterna.

Los capítulos 4 y 5 tocan el tema de la valoración de las mujeres y los niños. Me llamó en particular la atención la investigación con los niños. Se tomaron 819 niños y uno de sus padres o maestros. Los hallazgos con los niños fueron cónsonos con la tesis del prejuicio de la singularidad. A nivel individual éstos se describían como "cooperadores, responsables, cariñosos, creativos, inteligentes, curiosos y respetuosos" (p. 86). Sin embargo, estos mismos niños describieron a los niños puertorriqueños de una manera negativa. Interesantemente, los padres de los niños describieron a sus hijos de manera positiva, pero no así los maestros. Este hallazgo, a mi juicio, no tiene mucho sentido bajo la teoría de la influencia del coloniaje, pero sí lo tiene bajo la teoría del prejuicio de la singularidad. Perloff (1987) ha demostrado que la gente también ofrece características positivas de aquellas personas que son apreciadas por ellos (tal es el caso con los hijos). Los maestros, sin embargo, no participan de la singularidad del sujeto debido a que sus lazos afectivos son más distantes y menos comprometedores que el de los padres. Por lo tanto, no entran en tanta disonancia cuando clasifican a éstos de una manera más negativa.

En el capítulo 6 la autora presenta de una manera anecdótica y superficial un estudio piloto para ayudar a los niños a valorarse más. A mi juicio, tal esfuerzo, aunque interesante, presenta de una manera muy anecdótica los cambios logrados y su durabilidad.

En el capítulo 7 la autora compara su estudio con otro logrado en Venezuela por Salazar. Interesantemente, la percepción colectiva del venezolano también se inclina al polo negativo. La autora, para explicar esto, hace nuevamente recurso de su teoría: "La razón es sencilla, el imperio no respeta barreras nacionales y ha convertido a las llamadas repúblicas libres en neocolonias..."

(p. 111). Vale la pena recalcar mi crítica: la autora no parece estar conciente de que el prejuicio de singularidad es una explicación más parsimoniosa de sus resultados y una en la cual no tendría que estar haciendo explicaciones post-hoc para explicar hallazgos trans-culturales. Sencillamente, en Venezuela, Puerto Rico, Canadá, Estados Unidos, Francia, Inglaterra, etc., la gente valora lo colectivo como inferior.

Finalmente, en el capítulo 8 la autora plantea su teoría de una manera fuerte y sin ambages cuando dice que la colonización "genera enfermedad mental en múltiples manifestaciones, desde esquizofrenia, depresión, neurosis, histeria, hasta alcoholismo, abuso de drogas, violencia, suicidios y homicidios..." (p. 118-119).

Mi reacción a estas aseveraciones es que la autora no sólo no ha provisto evidencia persuasiva de sus tesis medulares y, pues, mucho menos provee evidencia para sustentar de una manera rigurosa que la ideología del colonizado "produce" esquizofrenia o histeria. Al final del libro la autora no puede contener su compromiso y entusiasmo por su teoría y parece utilizarla como una explicación tipo sombrilla en donde cobija la aclaración de diversos procesos: desde la esquizofrenia hasta la auto-valoración.

El libro de Rivera Ramos merece ser leído con detenimiento por los psicólogos. Muchas de sus posturas no me resultan convincentes; otras aparentan ser más persuasivas. Sin embargo, el propósito del libro queda al descubierto y sin cumplirse: la auscultación de cómo la ideología del colonizado impacta al puertorriqueño y la magnitud y ramificación de la misma. Lamentablemente, el presente libro no contiene una auscultación creíble de dicha influencia.

REFERENCIAS

- Furnham, A., & Dowsett, T. (1993). Sex differences in social comparison and uniqueness bias. *Personality and Individual Differences*, 15, 175-183.
- Goethals, G.R. (1986). Social comparison theory. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 12, 261-278.
- Goethals, G.R., Messick, D.M., & Allison, S.T. (1991). The uniqueness bias: Studies of constructive social comparison. En J. Suls & T.A. Willis (Eds.), *Social comparison* :

Contemporary theory and research (pp. 149-176). Nueva York : Erlbaum.

Kirscht, J.F., Haefner, D .P., Kegels, S.S., & Rosenstock, I .M. (1966). A national study of health beliefs. Journal of Health and Human Behavior, 7, 248-254.

Myers, D.C., & Ridl, J. (1979). Can we all be better than average? Psychology Today, 13, 89-92.

Perloff, L. (1987). Social comparison and illusions of invulnerability to negative life events. En C . R. Snyder & C .E .Ford (Ed.), Coping with negative life events (pp. 217-242). Nueva York: Plenum.

Singer, J.E. (1966). Social comparison. Journal of Personality and Social Psychology, Supplement 1, 103-110.

Snyder, C .R. (1978). The "illusion" of uniqueness. Journal of Humanistic Psychology, 18, 33-41.

Weinstein, N .D. (1980). Unrealistic optimism about future events. Journal of Personality and Social Psychology, 39, 806-820.

Wylie, R.C. (1979). The self-concept. Lincoln, NB : University of Nebraska Press.